

## PRÓLOGO TERCERA EDICIÓN

Han pasado casi 90 años, pero la Guerra Civil no ha dejado de ser el más relevante episodio histórico de la España contemporánea. Fue el acontecimiento más importante de nuestro siglo XX, no sólo por su mismo desarrollo, sino por sus consecuencias políticas, sociales y económicas.

También fue un conflicto muy complejo, tanto por su duración de casi tres años, como por el empleo de nuevos sistemas de armas que se habían perfeccionado en los años anteriores, como la aviación y los medios acorazados. La Primera Guerra Mundial fue básicamente una guerra de posiciones. La Guerra de España anticipó el siguiente conflicto mundial y fue una guerra de movimientos.

Fue compleja así mismo por la intervención directa de tres grandes potencias: la Unión Soviética, Alemania e Italia. Otros países intervinieron en menor medida de diferentes maneras: suministros militares -una docena de países europeos, incluso algunos tan alejados como los Bálticos-; otros suministros de utilidad bélica -de Estados Unidos llegaron petróleo y vehículos-; créditos -Gran Bretaña-; comercio y el respaldo de fuerzas políticas afines, que en el caso norteamericano, británico o francés se dividieron en el apoyo a los dos bandos.

La complejidad fue también ideológica y no sólo política. La dimensión más fundamental fue la religiosa, ante la persecución de los católicos por el bando revolucionario. Cuando el Papa Juan Pablo II visitó España en 1982 solicitó conocer Toledo. Al preguntarle el motivo recordó que en 1936, cuando tenía 16 años, todos los días rezaban en su Polonia natal por los defensores del Alcázar.

La polarización ideológica fue en buena medida falsificada, en parte por ignorancia y en parte por la propaganda. Todavía sostienen algunos que fue una lucha entre la democracia y el fascismo, pero el Frente Popular se había dedicado entre febrero y julio de 1936 a destruir unos fundamentos democráticos que ya habían sido muy débiles durante todo el periodo republicano. Una vez comenzada la guerra el Estado de Derecho fue vulnerado de manera generalizada y sistemática por los revolucionarios, en cuestiones tan fundamentales como el respeto a la vida de las personas.

Esta misma vulneración fue aplicada por los sublevados, hasta el punto de que los muertos por represión fueron, en conjunto, los mismos que los caídos en combate. Una parte de los rebeldes se llamaban a sí mismos fascistas -la Falange-, pero el resto de fuerzas eran conservadores autoritarios, entre ellos los jefes militares que se hicieron con el poder desde el primer día.

El golpe de Estado de julio de 1936 fue evidentemente ilegal, pero la ley también había sido vulnerada por el Gobierno republicano con respaldo parlamentario de socialistas y comunistas. En mayo impidieron, por la violencia, la celebración pacífica de elecciones en Cuenca y Granada, con lo cual quebró el más elemental fundamento democrático. En julio el Gobierno entorpeció la investigación y hasta la

difusión del asesinato del diputado José Calvo Sotelo, mientras el partido mayoritario, el PSOE, encubría a los asesinos, políticamente afines.

La intoxicación ideológica estuvo presente desde el principio. El escritor británico George Orwell acudió voluntario a España en diciembre de 1936 y estuvo en el frente hasta ser herido de bala en mayo de 1937, encuadrado en una unidad del Partido Obrero de Unificación Marxista -POUM-, que por instigación soviética fue declarado ilegal y sus dirigentes perseguidos, cuando no asesinados. De regreso a Londres, Orwell quiso publicar un duro alegato contra los comunistas, pero su editor “progresista” lo rechazó por considerar que ello perjudicaría la causa de la izquierda española.

Muchos de los libros sobre la Guerra Civil adolecieron -y todavía adolecen- de una parcialidad que en parte se basa en un desconocimiento de los hechos. Los errores se cuentan por miles, incluso en el caso de autores supuestamente acreditados. “El árbol de Guernica”, del británico George Steer, publicado en 1938, es uno de los ejemplos más conocidos del disparate, a base de falsedades y manipulaciones.

Con el paso del tiempo, por fortuna, se han publicado numerosas obras veraces sobre nuestra guerra, tanto por autores españoles como extranjeros. Entre los primeros y sólo por citar las más relevantes, “Guerra y vicisitudes de los españoles”, de Julián Zugazagoitia; las 18 monografías del Servicio Histórico Militar, coordinadas por el coronel Martínez Bande; “Testimonio de dos guerras”, de Manuel Tagüeña; la “Historia del Ejército Popular de la República”, de Ramón Salas Larrazábal; la “Historia Política de las dos Españas”, de José María García Escudero; la “Guerra silenciosa y silenciada”, de los vicealmirantes Moreno de Alborán; la “Guerra Aérea” de Jesús Salas Larrazábal; la “Financiación de la Guerra Civil Española” de José Ángel Sánchez Asiain; los “Mitos de la Guerra Civil” de Pio Moa, y “El factor humano”, de Lucas Molina Franco, Pablo Sagarra Renedo y Óscar González López.

Entre los segundos “La Guerra Civil española”, de Burnett Bolloten; diversos títulos de Stanley Payne y “La Victoria Nacional”, de Michael Seidman.

La presente obra de Juan José Negreira corresponde a esa lista, cada vez más numerosa, de obras veraces. Reúne los títulos para ello: largos años de investigación, fuentes documentales, contraste de informaciones y afán de imparcialidad, sin omitir y mucho menos ocultar ningún hecho relevante, incluso los más polémicos.

El caso de la isla de Menorca fue singular. La sublevación de la mayor parte de jefes y oficiales fue neutralizada por los militares que respaldaron al Gobierno y muchos de los primeros fueron asesinados en las primeras semanas de la guerra. Luego, durante dos años y medio, se caracterizó por una escasa actividad debido a su posición secundaria, frente a la importancia estratégica de Mallorca.

La derrota del Frente Popular en Cataluña, en febrero de 1939, dejó a Menorca en una situación imposible. Con mediación británica, las autoridades más comprometidas abandonaron la isla y el bando nacional de Franco tomó pacífica posesión.

Siguió luego una etapa de represión que también ha estudiado Juan José Negreira. Al igual que en el periodo revolucionario se reproducen los nombres, las condenas y su cumplimiento. Como en el resto de España, sólo las penas de muerte fueron irreversibles. De los condenados a prisión, ninguno llegó a cumplir la cuarta parte de la pena.

Durante los últimos años y por parte de gobiernos socialistas se ha estimulado una política de “memoria”, cuya finalidad era obtener réditos actuales, basada en una indecente parcialidad, al margen de los hechos. Esa estrategia guerracivilista ha sido rechazada por la inmensa mayoría de los ciudadanos. Lo mejor que ha ocurrido es que la manipulación de los memorialistas no ha sido respondida con otra manipulación de signo contrario. Frente a la memoria, historia. Éste es el mérito fundamental de Negreira, cuya obra no puede ser aprovechada políticamente por nadie y que está destinada a perdurar.

Ha sido un honor su invitación para que escribiera este prólogo.

Miguel Platón Carnicero<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> Ha sido periodista durante más de 40 años en destacados medios de comunicación (Europa Press, Época, Efe, COPE, Onda Cero, Televisión Española, Telemadrid). Autor de una docena de libros de Historia Contemporánea, entre ellos “Alfonso XIII, de Primo de Rivera a Franco”, “Hablan los militares”, “La amenaza separatista”, “Segunda República: de la esperanza al fracaso” y “Así comenzó la Guerra Civil”. De inminente aparición “La represión de la posguerra”.